

LUIS BLANCO

Esos curiosos ejemplares



cios en lo que a calificaciones, privilegios, etc., se refiere. A veces, ser el «pelotas» es simplemente una manera de ser más: más importante, más influyente, más métome-en-todo que el resto de la clase.

—Sin que esto implique ningún estudio sistemático de la figura del profesor

A todos los que andamos o anduvimos por las aulas y los patios de un colegio nos ha tocado conocer por experiencia algunos de esos especímenes de la fauna colegial (dicho sea sin dobles intenciones) que tanto profesores como alumnos han bautizado con sobrenombres expresivos: el «lapa», el «acusica», el «soplón», el «rollista»... y todo un largo etcétera. Son alumnos cuyas características de relación con el profesor o con los compañeros, pero sobre todo con el profesor, aparecen bien determinadas por cualquiera de esos títulos.

Por ejemplo, «el lapa» es ese alumno que siempre tiene cosas que decirnos al final de la clase, durante los recreos, cuando conversamos con otros profesores, cuando estamos trabajando en el despacho y es insensible a nuestras indirectas o a nuestras malas caras cuando le vemos acercarse. El hombre tiene su mérito. «El acusica» o «soplón» no va tanto en busca de esa pegajosa familiaridad cuanto en busca de refuerzos para su defensa personal: acusa porque no quiere cargar con culpabilidades ajenas o para conjurar, mediante acusaciones a segundos y terceros, la parte de responsabilidad o de castigo que le corresponde; acusa porque tiene miedo o una serie de miedos; a que los «matones» de la clase cumplan las amenazas de sacudirle el cuero a la salida del colegio o a que su imagen o su comodidad o cualquiera de sus intereses pueda

verse perjudicado por no hacer la delación correspondiente. La verdad es que muchas veces «el acusica» es simplemente quejica y quisquilloso sin otras malicias de por medio.

Vayan esos casos por delante para dejarle sitio al que hoy nos interesa, «el pelotillero», «el pelotas», «el rosquero», «el cacique» o como quiera que se llame según los distintos lenguajes y las distintas latitudes de la geografía escolar.

No pocas veces el sambenito le ha caído encima, sin comerlo ni beberlo, a ese alumno que se relaciona con el profesor con mayor facilidad que los demás y a quien, en efecto, el profesor presta mayor audiencia o trata con mayor benevolencia. Quien le coloca entonces el título de «pelotas» suelen ser los celos de los que se sienten preteridos o menos favorecidos. El alumno no ha hecho conscientemente nada por merecerlo y se puede dar el caso de que, para evitar ser señalado, adopte actitudes de distanciamiento con respecto al profesor que acaban por resultar chocantes.

Puede que no exista un tipo standard de «pelotillero» porque, aunque sus procedimientos suelen ser más o menos parecidos, el grado de cálculo, intencionalidad o cuquería en la utilización de esos procedimientos —desde el típico «cobista» al servil «tiralevitas» que sabe lo que se busca— da lugar a toda una serie de comportamientos intermedios. Puestos a buscar unos rasgos más o menos generales anotariamos los siguientes:

—Objetivo, tener propicia a la autoridad, en este caso al maestro, al profesor o a la profesora; en lo posible «meterse en el hote» en orden a situarse ante la clase y a la obtención de ciertos benefi-

«Govinda, el gran maestro»...

El Jumna corría allá en lo hondo, ligero y claro. Arriba, ceñudo, el tajo alzaba su frente. Y montes de oscuro verdor, cicatrizados de torrentes, se agrupaban entorno.

Govinda, el gran maestro seike, leía sentado en la roca las escrituras: cuando Raghunath, su discípulo, orgulloso de sus riquezas, llegó hasta él y le dijo inclinándose:

—Te traigo un pobre regalo, indigno de ser aceptado por ti.

Y lució ante el maestro un par de brazaletes de oro y piedras preciosas.

Cogió el maestro uno de ellos y lo hizo girar en su dedo, y las piedras echaban flechas de luz. De pronto se le salió del dedo el brazalete y cayó, saltando por la roca, al agua.

Raghunath dio un grito y se arrojó al río.

El maestro volvió sus ojos al libro. Y el agua aprisionó y ocultó su robo y siguió su curso.

Cuando Raghunath volvió, cansado y chorreante, a su maestro, el día se estaba ya apagando. Anhelante, le dijo:

—Si me dices dónde cayó el brazalete, quizá pueda encontrarle todavía.

El maestro cogió el otro brazalete y, tirándolo al agua, le respondió:

—Allí.

(«La cosecha», n. 12. Rabindranath Tagore)



La vara de Falaris

«Si mi amigo Leoncio perteneciese todavía al número de los vivos, dudo mucho que nadie osara recordarle el incidente que voy a narrar...»

Porque mi amigo Leoncio, a pesar de su rostro mofletado y plácido, era, cuando montaba en cólera, un ser furibundo y pernicioso y poseía unos puños que infundían respeto a toda la escuela de don Juan de la Cruz.

¿Quién no recuerda en Avilés a este don Juan de la Cruz, aquel hombrecillo pálido, de cabellos lacios, de ojos negros guarnecidos de largas pestañas que apenas se alzaban del suelo con expresión tímida y humilde?

Sosegado, grave, silencioso, atravesaba el salón de la escuela sin que nos diéramos cuenta hasta que lo teníamos encima... Un esbozo de sonrisa se dibujaba casi constantemente en sus labios. No era más que un conato de sonrisa que comenzaba en el ángulo izquierdo de la boca y allí se detenía sin pasar jamás al derecho. Rara vez nos miraba a la cara; nos hablaba ceremoniosamente de usted... y cuando llegaba el caso, que llegaba con harta frecuencia, con la misma modestia y compostura empuñaba su vara y nos sacudía de lo lindo. Era un hombre tan modesto que cuando nos zurraba la piel parecía que nos estaba haciendo reverencias.

Las varas que empleaba para esta operación delicada eran generalmente de avellano... Eran muy adecuadas para levantarnos la piel y hacernos ver las estrellas... Pero estas varas tenían, como todas las cosas de este mundo, una ventaja y una desventaja. Para don Juan tenían el inconveniente de que se concluían pronto y necesitaba renovarlas, lo cual no siempre era fácil, porque los chicos aldeanos, con pretextos más o menos fundados, se resistían a proporcionárselas. En cambio, para nosotros poseían la ventaja de que muy pronto se les quebraban las puntas y entonces ya no ceñían la carne y su golpe era menos doloroso... Cuando las velamos bien despuntadas nuestra conducta empezaba a relajarse.

Mi amigo Leoncio quiso obviar el inconveniente que ofrecían las varas de avellano para el maestro... La vista de una ballena del corsé de su mamá iluminó repentinamente el cerebro del mofletado Leoncio. Exploró un día y otro día el desván de su casa donde se amontonaban mil cachivaches. Al cabo tropezó con una ballena delgada, del tamaño aproximadamente de las varas que don Juan de la Cruz empleaba.

Leoncio se sintió feliz... Desempeñó la famosa ballena, la envolvió esmeradamente en papeles de seda y sujetó estos papeles con una cuerda encarnada.

Cuando ya estábamos todos sentados en nuestros bancos y el maestro allí en el fondo, sentado detrás de su mesa, he aquí que aparece nuestro Leoncio con aquel extraño objeto en la mano, atraviesa erguido y sosegado el salón y, acercándose a la mesa del maestro, deposita en ella gravemente su tesoro... Una ardiente curiosidad se apoderó de todos nosotros. ¿Qué sería aquello? ¿Un regalo?... Don Juan comenzó también a examinarlo con curiosidad antes de desenvolverlo. Al fin se decidió a quitarle los papeles y poco después quedó al descubierto la preciosa ballena.

Nuestra estupefacción fue enorme pero nuestra indignación fue aún mucho mayor. Cincuenta pares de ojos se clavaron furibundos en el mofletado Leoncio... Un sordo rumor temeroso corrió por toda la escuela. Si se analizase este rumor se vería inmediatamente que estaba compuesto de doscientos «¡Miserable!», trescientos «¡Cochino!» y lo menos quinientos «¡Indecente!».

Don Juan seguía examinando atentamente... Al cabo profirió con voz meliflua:

—Leoncio, hijo mío, tenga usted la bondad de venir un momento.

Leoncio acudió solícito. Don Juan se levantó de la silla con calma y, sujetándole por el cuello, le aplicó un cumplido verdascazo en el trasero. Leoncio dejó escapar un grito de dolor. A este grito respondimos nosotros con un rugido de alegría. Don Juan, con su acostumbrada modestia, le estuvo solfeando un buen rato. Mientras duraba la operación parecía hablarse a sí mismo y le oíamos murmurar:

—En efecto, es flexible... es sólida... Se ciñe admirablemente...

Cuando a don Juan de la Cruz le pareció bien probada la flexibilidad y la solidez del nuevo instrumento, soltó al sujeto de la experiencia y le dijo con voz suave y mirando, como siempre, humildemente al suelo:

—Hijo mío, en tiempos muy antiguos existía en la ciudad de Agrigento, en la Italia meridional, un tirano que se llamaba Falaris. Este tirano se complacía en atormentar de mil maneras a todos aquellos que tenían la desgracia de no complacerle. Sucedía que uno de sus cortesanos, por captarse su benevolencia, le hizo regalo de un toro de bronce hueco donde se podía meter una persona. Debajo de este toro de bronce se encendía una hoguera y el desdichado que estaba dentro, al comenzar a asarse, dejaba escapar terribles gritos que al pasar por el cuello y la boca del toro semejaban los rugidos de esta fiera. Falaris quedó prendado de tan ingenioso artefacto y después de dar las gracias a quien se lo había regalado no se le ocurrió otra cosa mejor que ensayarlo metiendo dentro de él al propio inventor.

Hizo una pausa don Juan y dando una cariñosa palmadita a Leoncio en las llorosas mejillas:

—Así pues, muchas gracias, hijo mío, por este precioso regalo. Aplíquese el cuento y váyase a su sitio.»

A. PALACIO VALDES

por parte del alumno, el «pelotas», el que lo es a conciencia, lo suele tener calado: algo conoce de sus gustos o disgustos, de su vanidad, de su inseguridad y de su necesidad de apoyo entre el alumnado para controlar ciertos aspectos de la clase que se le escapan.

—Según eso, utilizará los medios oportunos: la alabanza, la confianza, los pequeños servicios prestados, la creación de algunos intereses comunes entre él y el profesor (ambos se utilizan mutuamente).

—Por otra parte, no siempre esta actitud va acompañada de un no confesado menosprecio hacia quien así se deja engatusar o trabajar; ambos, profesor y «pelotas», pueden llevarse bien y aceptarse el juego sin que se rompa la relación interpersonal cuando el juego concluya.

Es decir, que para que esta curiosa figura prospere hace falta su aceptación por parte del educador. Y cuando esto sucede, más que por las actitudes y los móviles del «pelotas» habría que preguntarse por las razones del educador para entrar en el juego, o lo que es igual, por sus propias carencias que le llevan a aceptar y necesitar de apoyos como ese o, en el peor de los casos, a no darse cuenta de lo que pasa. Eso no le ocurría, como se verá en los dos casos que exponemos a continuación, ni al Don Juan de la Cruz, de Palacio Valdés, ni al Govinda, de Rabindranath Tagore.